

Y aunque pese á la pasion
Desperdicarla no debo;
No: la corona que llevo
Pesa mas que el corazon.
La amé, y perdóneme Dios!
Aquí aboga mi amor por ella:
Pero su fatal estrella
Puso el trono entre los dos.
Humilde, empero á la ley
Sabrá doblar la cerviz,
Y se tendrá por feliz
Con el corazon del rey.
Yo la amo aún... á mí solo
Aquí decírmelo puedo:
Mas es forzoso y no cedo:
Todo á esta boad lo inmolo.

ESCENA IX.

EL REY, GARCÉS, DESPUES DOÑA TERESA.

Rey. ¿Qué hay, Garcés?
Gar. Doña Teresa
Vidaura audiencia demanda,
S.ñor.
Rey. ¿Tan temprano, y anda
Ya por palacio?
Gar. Y á priesa,
Señor, pues tras mí se viene
De sala en sala.
Rey. ¿Pardiez!
Es esta la primer vez
Que tal arrogancia tiene.
Gar. Llega, señor.
Rey. Hazla paso:
(Sale Doña Teresa: Garcés queda esperando las
órdenes del rey.)
¿Vos en palacio, señora?
Doña Ter. Incompetente es la hora:
Mas temí que el tiempo acaso
Para veros me faltara,
Y aunque á la desgracia espuesta,
Señor, de seros molesta
El tiempo aprovecho avara.
Rey. (A Garcés.) Sal. (Vase Garcés.)

ESCENA X.

EL REY. DOÑA TERESA.

Rey. Habla, Teresa mia.
¿Qué ocurre, dí, que así vienes
Pálida y grave? ¿qué tienes?
Siéntate.
Doña Ter. Mal estaria
Ante vuestra majestad
Sentada yo.
Rey. ¿Qué lenguaje!
¿Por ventura algun ultraje
Recibiste?
Doña Ter. A la verdad
Que no lo sé todavía,
S.ñor: mas sospechas tengo

Y á preguntároslo vengo.
Rey. Ese tono de ironía
Que hallo en tus frases, Teresa,
Y tu rostro uraño y serio
Me dejan ver un misterio
Que me disgusta.

Doña Ter. Me pesa
De ello, señor; mas tiempo há
Cuanto sale de mi boca,
Selo á disgusto os provoca,
Y haciéndome á él voy ya.

Rey. ¡Creo por Dios que pretendes
Irritarme! Ya te he dicho
Que no me agrada, ¿me entiendes?
De esa ironía el capricho,
Y en el humor en que estoy
Me importuna, y la paciencia
No es mi virtud.

Doña Ter. Esperiencia
Tengo de ello.

Rey. Pues quien soy
Sabes, ¿qué es lo que de mí
Quieres? ¡Pronto!

Doña Ter. Breve espero
Ser, señor: haceros quiero
Solo una pregunta.

Rey. Dí.

Doña Ter. Me han dicho que hoy os llegó
De Roma un correo.

Rey. ¿Y qué?

Doña Ter. ¿Volverá á partir?

Rey. Sí á fé.

Doña Ter. ¿Y con respuesta?

Rey. ¿Pues no?

Doña Ter. (Con aplomo.) ¿Y aceptais la boda?

Rey. (Con la mayor sorpresa.) ¿Sabes?....

Doña Ter. (Interrumpiendo.) Todo.

Rey. ¿Cómo!
Doña Ter. Cuando entró
El pliego en palacio, yo
Entré tras él; tengo llaves.

Rey. ¿Tienes llaves!

Doña Ter. Por supuesto.

En vuestras ausencias tuve

Esta idea, y me entretuve

En mi soledad en esto.

Rey. ¿Te entretuviste!

Doña Ter. Supuse

Ser por vos tarde ó temprano

Engañada, y me dispuse.

Rey. ¿Tengame Dios de su mano!

¿Te dispusiste á qué?

Doña Ter. A hacer

Algo de mi honra en favor:

Es el único valor

Que dá precio á la mujer.

Rey. Te estoy oyendo, y á fé

Que no te conozco; no,

No eres la misma que yo

Conocí siempre, y no sé

Que es lo que hoy tu fantasía

Perturba. Siempre te ví

Grata, humilde para mí.

Doña Ter. Eso fué allá en la alquería.

Rey. O tú estás loca, ó yo sueño;

¿Tú te atreves de tal modo

A mí?

Doña Ter. Los locos á todo

Se atreven, señor.

Rey. ¿Voy dueño

A no ser pronto de mí!

¡Ea, la razon me aclara

De mudanza en tí tan rara,

O vive Dios!....

Doña Ter. Héla aquí:

Como anduvisteis cinco años

Engañando vos mi fé,

A mi vez yo me apliqué

A estudiar vuestros engaños.

Rey. ¿Aun mas? ¡Tu insolente calma

Acrecenta mi furor!

Doña Ter. Y á pesar de ella, señor,

Tengo el infierno en el alma.

Dejémosle pues brotar

Ambos: porque mal sujeto

Siento á mi lengua el respeto

Y le voy á atropellar.

Si, sabedlo de una vez:

Ni soy la misma que fuí

Para vos, ni hay mas en mí

Ya que enojo y altivez.

El Pontífice os propone

Para esposa una princesa,

Y yo tengo una promesa

Que á vuestra boda se opone.

Rey. ¡Ira de Dios! ¿tal creiste?

¿Así te la interpretaste,

Y hasta el trono te atreviste

A alzar los ojos? Soñaste.

Doña Ter. Ni en mi altivez ni en mi encono

Por ambiciosa esperanza,

Ni por vil sed de venganza,

Mis ojos alcé hasta el trono:

Pero jamas hombre alguno

Afirmar ha de poder,

Que hijos á quien yo dí ser

Fueron hijos de ninguno.

Burlásteis mi sencillez

Disfrazándoos, señor,

Y vale mucho mi honor

Para olvidar otra vez.

Rey. ¿Y esperaste ¡pesiamí!

En tu insensata jactancia

Que daría á tu arrogancia

Lo que á tu humildad no dí?

Doña Ter. Entendedme bien: del trono

No aspiro á la majestad:

Mis hijos legitimidad,

Y profeso y os perdono.

Rey. Mas tarde.

Doña Ter. Ahora, señor.

Rey. ¡Nunca! humilla tu cabeza.

Doña Ter. Nunca: que á cegarme empieza

De la cólera el vapor.

¡Ea! ceded.

Rey. No: jamas.

Doña Ter. Pues todo ó nada. Mañana
Aspiraré á soberana.

Rey. ¡Desdichada! no podrás;

Porque desde este aposento

Por tu pertinacia altiva

Irás á enterrarte viva

En la tumba de un convento.

Doña Ter. A desenterrarme irán.

Rey. ¿Quién?

Doña Ter. Roma.

Rey. ¿Y quién ha de ir

A Roma por tí á pedir?

Doña Ter. Vuestras cartas.

Rey. No saldrán

De tu poder, sino al mio

Para pasar.

Doña Ter. ¿Estais loco!

Sois para tanto muy poco.

Rey. ¿Brabéas?

Doña Ter. Os desafío.

Rey. Pues sea: aquí quedas presa

Mientras envío por tí.

(El rey se va furioso por la puerta izquierda, que

se oye cerrar por fuera. Doña Teresa al punto

que él vuelve la puerta va á ella y corre el pasa-

dor que tiene por dentro, dirigiéndose inmedia-

tamente á la salida secreta de la derecha.)

Doña Ter. Y cuando vuelvas aquí

Ya no hallarás á Teresa.

(Vase por la derecha.—Cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

Salon de embajadores en el palacio de D. Jaime, dispuesto pa-
ra la solemne ceremonia de la presentacion en la corte de la
reina Doña Violante. Trono: puerta grande en el fondo, y
pequeñas á los lados en la última caja de bastidores. Balcon
á la derecha, cerrado con vidrios de colores, á través de los
cuales se ven los relámpagos á su tiempo.

ESCENA PRIMERA.

DON BERENGUER. GERMAN, ARREGLANDO.

Don Ber. De Roma, con Desiderio,

No tengo que recelar:

Mas tiemblo mientras mi escrito

No está en mi poder. ¿German,

Está todo pronto?

Ger. Sí

Señor, todo: y en verdad

Que está como un ascua de oro

El salon.

Don Ber. Bien está.

Ger. Mas

Quisiera yo á nuestros reyes

Ver en el alcázar ya.

Don Ber. ¿Por qué?

Ger. Daros vuestros ojos

Pueden la razon: mirad

Los nubarrones que el cielo

Anublan.

Don Ber. Así scrá

Menos incómodo el sol.
Ger. Si falta de sol no mas
 Produjeran esas nubes,
 No fuera grande el pesar.
 No temo yo lo que quiten,
 Sino lo que puedan dar:
 No oiréis el medio día
 Primero que el huracan.
Don Ber. Pasará.
Ger. Ay, señor obispo,
 Que está la divinidad
 Contra Aragon irritada,
 Y ya dos tormentas van
 En este mes como yo
 No las he visto jamas.
Don Ber. En verdad que hemos tenido
 Una estacion bien fatal:
 Mas parece que la gente
 Ya.... (*Mirando por el balcon.*)
Ger. Imposible; si aun no habrá
 Tal vez pasado la reina
 Las puertas de la ciudad.
 Es eceremonia prolija,
 Y temo que se ha de aguar.
Don Ber. ¡Cómo ha de ser! Los nublados
 Del hombre en mano no están.
Ger. ¡Y el rey que va hecho un pino
 De oro! ¡Lástima será
 Que llueva sobre aquel manto
 Tan rico!
 (*Un portero entra, y saluda á Don Berenguer.*)
Port. Señor.
Don Ber. ¿Qué hay?
Port. Un forastero que aguarda,
 Os quiere ahora mismo hablar.
Don Ber. No hay tiempo.
Port. Dijo que os diera
 Esto.
Don Ber. ¡Ah! que entre. Despejad. (*A German.*)

ESCENA II.

DON BERENGUER. DESIDERIO.

Don Ber. Gracias á Dios.
Desid. Llego á la hora
 Justa, ilustrísimo.
Don Ber. Deja
 Cumplimientos, y habla: ¡hoy mismo
 Llegas?
Desid. De Roma.
Don Ber. ¿Qué nuevas
 De allá?
Desid. ¡Estamos solos?
Don Ber. Solos:
 No hay mas que los centinelas
 Exteriores, que están lejos:
 Todos han ido á las puertas
 De la ciudad con el rey
 A recibir á la reina.
Desid. Trabajo inútil.
Don Ber. ¿Qué, ¡el Papa?...
Desid. A que la boda suspenda

Manda un Nuncio con poderes
 Omnímodos.
Don Ber. ¡Con clemencia
 Nos mire Dios!
Desid. ¿Pues?
Don Ber. Su boda
 Daba ya por cosa hecha:
 Empleado tiene el oro
 De la dote: por su tierra
 Predicada la cruzada,
 Y en pié de campaña puesta
 Su gente.
Desid. Pues todo en balde.
Don Ber. Pero ¿no fué la sentencia
 Del tribunal pontificio
 En su favor?
Desid. La primera
 Que por Celestino cuarto
 Fué dada, sí: mas no muestra
 Tanta amistad por Don Jaime
 Inocencio, que ahora reina,
 Y dió al pleito en la segunda
 Vista solucion diversa.
D. Ber. ¿Cómo?
Desid. Despues de fallado
 Una vez, Doña Teresa
 Llegó á Roma.
D. Ber. Te avisé
 Su partida.
Desid. Y á la letra
 Cumplí vuestras instrucciones;
 Fuí la persona primera
 Con quien dió en Roma. Español
 Siendo, sirviendo en la iglesia
 Y con crédito en la curia
 Romana, llegué hasta ella
 A ofrecerle mis servicios.
 Dila á entender que yo era
 Partidario de su causa,
 Y espatriado por ofensa
 Personal del rey Don Jaime,
 Y que ansiaba complacerla
 En su pleito contra él;
 Pero es mujer muy discreta
 La de Vidaura, y me dijo
 Con tranquilidad soberbia:
 "Vuestra proteccion no os pido,
 Con que podeis recogerla."
D. Ber. ¿Entonces!...
Desid. Por otro lado
 Tiré mis líneas. A fuerza
 De vigilancia y dinero
 No dió sin que lo supiera
 Yo un paso, entabló demanda
 Segunda vez, y una audiencia
 De Su Santidad obtuvo.
 No sé lo que pasó en ella;
 Mas el Papa ordenó al punto
 Que segunda vez se viera
 Y se fallara el litigio:
 Nombróse comision nueva
 De cardenales para ello;
 Y yo, como segun vuestra

Orden no debía andar
 En miramientos, la mesa
 Compré del notario á quien
 Tocó la causa, y en ella
 Me instalé por sustituto
 De enfermedades y ausencias.
 La Vidaura intrigó astuta,
 Vertió el oro á manos llenas,
 Ganó en fin del Santo Padre
 La proteccion manifiesta,
 Y él mismo activó su pleito
 Y dió en su favor sentencia.
 Mas como en primera instancia
 Se dió en el del rey, y era
 Sabido que atravesando
 La Italia, en Ostia, á la vela
 Se habia dado un día antes
 Para España la princesa
 Desposada por poderes,
 En la nave mas ligera
 Que se halló, se hizo al legado
 Embarcarse á toda priesa
 Para suspender la boda.
D. Ber. ¿Y está aquí ya?
Desid. A la hora de esta
 Se viste para venir
 De el rey Don Jaime á presencia;
 Mas yo aproveché un instante
 Para avisaros.
D. Ber. ¡Tremenda
 Va á ser la ira del rey
 Cuando destruidos vea
 Sus proyectos y su boda;
 Y hombre ha de ser de firmeza
 El que intinarle de Roma
 El nuevo fallo se atreva!
Desid. Por eso estad sin cuidado,
 Que el Nuncio encargado de esta
 Comision es hombre de alma
 Libre de miedo y resuelta.
D. Ber. Aun no conoce el legado
 Del rey el alma colérica.
Desid. Ya el Nuncio la pondrá á raya,
 Que habla en nombre de la Iglesia.
D. Ber. Su ira vallas no conoce,
 Ni privilegios respeta.
Desid. ¿Pero ese hombre...?
D. Ber. Enfurecido
 No es un hombre, es una hiena:
 Hasta pierde muchas veces
 El sentido de soberbia
 En el esceso, y le asaltan
 Ataques de risa histérica.
Desid. Allí se avengan: yo en eso
 Me lavo los manos. Resta
 Ahora entregaros no mas
 Este escrito, de las piezas
 Del pleito por mí estraido.
D. Ber. ¡Y qué buen oro me cuesta!
Desid. Y si en Roma se descubre,
 A mí una prision perpétua.
D. Ber. ¿Mas no consta?
Desid. En parte alguna.

Por razones de conciencia,
 Que se reservó el Pontífice,
 Se falló.
D. Ber. ¿Y Doña Teresa?
Desid. Dejó á Roma el mismo día
 Que se firmó la sentencia.
D. Ber. ¿Y adónde...?
Desid. A España. Tal vez
 Pise de Aragon la tierra.
 Ya estais en todo: os serví
 Como amigo: es cosa hecha;
 Con que, perdonad, maestro,
 Que á situarme ante la puerta
 Del palacio voy.
D. Ber. ¿A qué?
Desid. A esperar á su Eminencia,
 De quien soy el secretario:
 Pues cupo la honra escelsa
 De esta embajada al prelado
 Que obtuvo la presidencia
 Del tribunal, y al notario
 Que escribió la causa régia.
D. Ber. Vé pues, y escuso ofrecerte
 Mi valer.
Desid. Aquí, en reserva,
 Me debeis, con vuestra vida,
 La fortuna venidera,
 Pues si quedan vuestras cifras
 Medidas entre las piezas
 De este proceso....
D. Ber. ¡Silencio!
Desid. Dios os guarde.
D. Ber. Él te proteja.

ESCENA III.

DON BERENGUER.

Salí por fin de inquietudes.
 Vuelva ahora Doña Teresa
 Cuando guste. Si el rey cede
 Al Pontífice, y es reina,
 Prenda por prenda; el favor
 Dividirémos á medias.
 Si nada consigue, nada
 Tengo ya que temer de ella.
 Hola, ya se oye murmullo:
 Parece que el rey se acerca,
 Y ya era hora; el nublado
 Por instantes se acrecienta.
 Despacio vienen: aún
 Tardarán la ancha plazuela
 En cruzar por el tumulto.
 Muy galan con la princesa
 Viene el rey. ¡Desventurada!
 ¿Qué agena está de la afrenta
 Que la aguarda! ¿Y quién arrostra
 La ira del rey? ¡Dios le tenga
 De su mano!

(El portero se presenta otra vez con una carta.)

ESCENA IV.

DON BERENGUER, EL PORTERO.

D. Ber. ¿Qué hay?
Port. S. ñor,

Una tapada estas letras
Para vos trajo, encargando
Que al instante las leyérais.

D. Ber. Dame á ver. ¿Contestacion
Aguarda?

Port. Partió sin ella.
(Don Berenguer toma la carta, despidiendo al portero con la cabeza.)

ESCENA V.

DON BERENGUER.

¡Jesucristo! ¡Su escritura!
Zaragoza. De hoy la fecha;
"Me habeis cercado de espía;
Yo obré con igual cautela.
Todo lo sé: vuestras cifras
Han sido por mano diestra
Estraidas de el proceso;
Y pues con trampa se juega,
Ved que vuestro testimonio
Cita el Papa en la sentencia
Que trae escrita el legado,
Y si el rey á dar no acierta
(Y sí dará, que es sagaz)
Con la razon, que secreta
Vence el fiel de la balanza
De mi parte, será fuerza
Que con ella dé, el escrito
Del tribunal cuando lea.

Con que ya estais prevenido:
Tal vez os va la cabeza
En la cólera del rey;
Huidla pues, si es que os queda
Tiempo aún: si no, tomaos,
Don Berenguer, la molestia
De acordaros de aquella acta
De gracia, de que yo entrega
Os hice un dia, y fiad,
Obispo, en su omnipotencia,
Porque es en vuestro naufragio
La sola áncora que os resta.
Mas no despreciéis mi aviso,
Porque os juro en mi conciencia
Que esa acta lo puede todo,
Y yo quiero y me interesa
Que en Aragon por mi causa
Ningun crimen se cometa.
Me hicisteis traicion, y os salvo;
Aprended de mí.

Teresa."

¡Confúndate Dios! mujer
Infernal, sagaz culebra
Sin compañera en astucia
Y en las intrigas maestra.
¡Que huya del rey!... bien tu mano

(Representa.)

Se ve, pues tu aviso llega
Al mismo tiempo que él.
¿Y el acta?... ¡es una advertencia
Donosa! Siempre la llevo
Conmigo; mas ¿qué defensa
Dará un papel á quien tiene
Que luchar con una fiera?

(Mira por el balcon.)

¡Imposible!—Ante el alcázar
La comitiva se apea;
¡Imposible huir!... hacer
Rostro á la fortuna es fuerza;
Tal vez el Nuncio no llegue....
Tal vez Don Jaime no lea
Ciego de ira el escrito,
Acaso no le comprenda.
Vamos, preciso es que el rey
Me halle al pié de la escalera.

(Vase rápidamente por el fondo.)

(Durante los últimos versos de la escena anterior se habrá oído dentro rumor de pueblo, vinas, y tumulto de fiesta popular. El teatro permanece abandonado breves momentos, quedando solo en él el soldado que guarda el esterior de la puerta del fondo, que deja Don Berenguer abierta. Por ella salen despues el rey Don Jaime, ricamente vestido de ceremonia; la reina Doña Violante, de blanco; grandes de Aragon, preladados, jueces, dignatarios, cortesanos, &c. El rey, dando la mano á Doña Violante, la dirige la palabra conduciéndola al trono cuando lo indican los versos.)

ESCENA VI.

EL REY. DOÑA VIOLANTE. DON BERENGUER. EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE JUSTICIA. GRANDES CORTESANOS. FUERA DE LA PUERTA, EN EL FONDO, PUEBLO.

Rey. Mi pueblo te bendice, y su ventura
Aguarda de tu mano: el mismo cielo
Para que no ofendiera tu tez pura,
Su sol cubrió con nebuloso velo.

Doña Viol. Sois muy galan, señor: si ufana admito

Las bendiciones de Aragon, espero
Merecer su favor: le solicito
De él con fé pura y corazon sincero.

Rey. Yo te respondo de él, y me remito,
Violante mia, al tiempo venidero:
Reina entre tanto por mi noble gente
Vas aclamada á ser solemnemente.
Ya en mi alcázar estás: desde esta hora
De Aragon en el trono al lado mio
Eres conmigo de Aragon señora,
Y es la ley de mi alcázar tu albedrío.
Tu casa es, gobiérnala á tu antojo;
Vive á tu gusto en ella, sin cuidado
De que tu real placer me cause enojo;
Reina en palacio tú, yo en el Estado.
Próceres de Aragon, á la belleza
De vuestra reina humildes ofreceos,
Y doblad la rodilla y la cabeza

ESCENA VIII.

EL REY, EL NUNCIO.

Rey. Hémos solos, hablad: pero hablad presto,
Porque impaciente soy, y estoy espuesto
A no guardar la conveniente calma.
Hablad, y no hagais caso de mi gesto
Ni de mi accion; hablad: mas os lo aviso,
Pronto, claro, y no mas que lo preciso.
Nunc. Oid, pues, la sentencia que dió Roma
En vuestro pleito.

Rey. Eso es lo que interesa:
Decid.

Nunc. Si el rey Don Jaime esposa toma,
Esta esposa ha de ser Doña Teresa:
Y dos hijos del rey, en ella habidos,
Han de ser por el rey reconocidos.

Rey. ¿Mi pleito en Roma se falló dos veces?
Nunc. Sí.

Rey. La primera en pró. ¿Y en qué se funda
La ley y la conciencia de los jueces
Al fallar en mi contra la segunda?
Ha debido de haber de obvia justicia
Una razon, legal, grave y oculta:
Razon no alegada antes, que hoy faculta
A la sensata curia pontificia
Para anular su fallo primitivo.

Nunc. Sí.

Rey. ¿Cuál?

Nunc. Es de conciencia: el Santo Padre,
Por su voto especial reservativo
Falló por sí.

Rey. ¿Y creéis que á mí me cuadre
Semejante razon?

Nunc. Será forzoso:
Declaraciones con que sub sigillo
Confesionis se dieron, y que asilo
Tienen ya impenetrable, misterioso
Del Pontífice en la alma.

Rey. ¿Dios piadoso!
De una trama infernal me dais el hilo.
¿Solo tiene el Pontífice la llave
Del secreto, decís?

Nunc. Sí.

Rey. ¿Fué pues hecha
Tal confesion al Papa?

Nunc. Sí.

Rey. ¿La sabe
El solo?

Nunc. Sí.

Rey. Mostradme con qué fecha
Se sentenció.

Nunc. (Mostrándole un pergamino.) Miradla.

Rey. No fué suya

La confesion: Teresa hecho la habria
En su primer demanda, el primer dia,
Sí; mas no hay otra confesion que influya
En providencia tal mas que la mia:
Y yo á Roma no fui, ni á Roma he enviado
Legado mio, ni del Papa he visto
Mas legado que á vos.... ¡por Jesucristo!
Eso es: mi confesion se ha revelado.

Ante la reina de Aragon.
(Al inclinarse todos para saludar á Doña Violante,
el Nuncio pontificio aparece saliendo por la puerta
del fondo, diciendo en alta voz.)

Nunc. Teneos. (Suspension general.)
(El rey, bajando colérico del trono, va á encontrarse
con el Nuncio, que habrá avanzado al centro
de la escena.)

Rey. ¿Quién interrumpe audaz al soberano?

Nunc. El Nuncio del Pontífice Romano.

ESCENA VII.

DICHOS. EL NUNCIO ROMANO.

Rey. ¿Por quien soy, señor Nuncio, que recelo
Que ignorais á qué tierra habeis venido!

Nunc. Ni yo lo pregunté: con santo celo
"Parte," me dijo el Papa, y he partido.

Rey. Sabed empero, que si el Papa en Roma,
Yo reino en Aragon, y reino solo,
Y nadie voz imperativa toma
Donde mi voz resuena.

Nunc. Ni yo inmoló
Sacrificio, señor, ni incienseo quemo,
Ni doblo la rodilla en mas altares,
Nuncio cual soy de sus sagradas leyes,
Que en los del sumo Dios, que es Juez supremo,

Lumbre del sol, barrera de los mares,
Sér de la creacion, rey de los reyes.

Rey. Dios... en el cielo está: yo aquí en la tierra
Le represento, y á mi vez respeto
Exijo del mortal.... pero el objeto
Sepamos que aquí os trae; lo que encierra
Vuestra mision, decid.

Nunc. Mas en secreto
Conviene que os lo diga.

Rey. Un plazo escaso

Esperad.

Nunc. Ni un instante.

Rey. En ese caso,
Voy á abreviar la ceremonia: ofensa
Fuera á la reina hacer....

Nunc. No deis un paso
Mas en tal ceremonia.

Rey. ¿Es por acaso!...

Nunc. (Bajo al rey.) Inútil: vuestra boda está
suspensa.

Rey. ¿Dios de Aragon! ¿suspensa?

Nunc. Sí.

Rey. (A los que están en escena) Un momento,
Señores, un momento, dispensadme:
Salid.

Doña Viol. ¡Gran Dios! ¿qué es esto?
(El rey conduce á Doña Violante, á quien siguen
sus damas y pajes á la puerta de la derecha, que
cierra tras ellos. Los demas se van por la del
fondo.)

Rey. (A Doña Violante.) A este aposento
Pasad, señora, vos. (Dios, enfrenadme
La cólera que hervir siento en el alma.)

Nunc. Reparad.
 Rey. La han escrito.
 Nunc. En el proceso
 No consta.
 Rey. ¿Qué falta hace el testimonio
 De vuestros garrapatos para eso?
 Solo mi confesion el matrimonio
 Suspender puede, y revelada ha sido....
 Si la siento aquí (*Señalando la frente.*) escri-
 ta.... si el demonio
 Me la está deletreando en el oido.
 Nunc. Señor, no estais seguro.
 Rey. Todavía
 No: mas lo voy á estar.
 Nunc. ¿Cuándo?
 Rey. Al momento.
 ¿Y en estándolo!....
 Nunc. ¿Qué?
 Rey. ¿Por vida mia!
 Veréis.
 (*Se vuelve hácia la puerta, y el Nuncio se le inter-
 pone.*)
 Nunc. Tened.
 Rey. ¿Quitaos de delante!
 Nunc. Reportaos, señor; no así arrogante
 Os dejéis arrastrar de una ira impía.
 Ved que traigo absolutas facultades
 En pro de la verdad, premio ó castigo
 Para otorgar al bien, ó á las maldades.
 Rey. Para eso en Aragon basta conmigo.
 Nunc. Teneos.
 Rey. Apartad: porque me sube
 La ira del corazon á la cabeza,
 Y el vapor de la sangre en una nube
 Mis ojos siento que á envolver empieza.
 Nunc. ¿Tened de el Papa en nombre!
 Rey. ¿Por Dios vivo!
 Su nombre á punto á vuestro labio asoma:
 Veréis: nuestro poder es relativo:
 Veréis: yo en Aragon como él en Roma
 Tengo un voto especial, reservativo.
 Nunc. Señor.
 Rey. Quitad os dije.
 Nunc. Ved os ruego....
 Rey. ¿Qué he de ver? ¿no veis vos que estoy ya
 ciego?
 (*El rey abre la puerta del fondo, y la de la dere-
 cha: á su voz vuelven á salir todos.*)

ESCENA IX.

EL REY. EL NUNCIO. DOÑA VIOLANTE. D. BEREN-
 GUER. DESIDERIO. EL PRESIDENTE DEL TRIBU-
 NAL DE JUSTICIA.

Nobles, damas de la reina, pajes, pueblo.

Rey. Adelante, señores, adelante

Todos; entrad, entrad.

Nunc. (*Su ira encona
 Se calme y ceda.*)

Rey. (*A D. Berenguer.*) Obispo de Gerona,
 Entrad tambien. ¿Vos sois el presidente
 De el tribunal de mi justicia?

Presid. Tengo
 Señor, honra tan alta.
 Rey. Yo me avengo
 Con vuestro parecer. Decid al punto
 Pues, á Don Berenguer, que está pre-ente,
 Qué pena tiene por la ley sagrada
 El confesor que á intento ó sin cautela
 La confesion y el peccador revela.
 Presid. Señor, pierde la lengua.
 Rey. (*A don Berenguer con ira.*) Revelada
 Por vos mi confesion y escrita ha sido
 A la romana curia pontificia.
 D. Berg. (*Anonado.*) ¿Señor!...
 Rey. Vuestra sentencia habeis oido.
 (*Al presid.*) ¡Eal al ejecutor de mi justicia
 Entregadle, y la lengua cercenada
 Le sea al punto.
 Presid. Ved...
 Rey. No veo nada.
 Presid. Reflexionad, señor.
 Rey. No reflexiono
 Nada.
 Doña Viol. (*A sus piés.*) Yo de rodillas os lo ruego:
 Templad, señor, vuestro exaltado encono.
 Nunc. Rey Don Jaime, acatad la preeminencia
 Del sacerdocio en él.
 Rey. (*Al presidente del tribunal.*) Llevadle luego,
 Y ¡ay de vos si volveis á mi presencia
 De su amplia ejecucion sin ser testigo!
 Nunc. Mirad que si se cumple la sentencia
 Dais en la excomunion.
 Rey. (*Al presidente con toda la exaltacion de la
 ira.*) Llevadle digo,
 ¿Ira de Dios! ¿no soy el soberano?
 Obedecedme, juez, ó su castigo
 (*Pone mano á la daga.*)
 Aquí ejecuto por mi propia mano.
 Tod. (*aterrados*) ¡Oh!
 (*El presidente poniéndose entre el rey y D. Beren-
 guer, hace desaparecer al último, y va tras él.*)
 Nunc. ¿Sacrilégio atroz!
 Rey. ¿Y el crimen
 (*suyo*)
 Es por ventura mas que un sacrilégio?
 Nunc. En nombre de la Iglesia yo le escluyo
 De vuestra ley.
 Rey. Recuso el privilegio.
 Nunc. Pues de el Papa en poder le constituyo.
 Revocad la sentencia, ó yo del regio
 Soberano poder os destituyo.
 Rey. Vos estais delirando; lo que es mio
 Por derecho y por ley ¿quién me lo quita?
 Nunc. Roma.
 Rey. De Roma y su poder me rio.
 Nunc. Revocad.
 Rey, viendo al presidente que aparece al umbral.)
 Es ya tarde.
 Tod. ¡Ah!
 Nunc., Avanzando hácia el medio de la escena y
 tendiendo las manos hácia el rey. ¡Rey impío,
 Dios lega á Satanás tu alma precita!
 (*Todos se echan atras dejando al rey solo.*)
 Rey de Aragon, escucha arrodillado,

Y esa risa sardónica que asoma
 En tus labios mofándose de Roma,
 Tórnala en ¡ay! de súplica humillado
 A su poder.—¡Estás excomulgado!
 (*Rompe la tempestad tronando.*)

Tod. ¡Ah!

Nunc. Oye á Dios y tu soberbia doma.
 Bajo la huella de tus piés impíos
 Agótese la mies; púdrase el grano,
 Séquese el árbol, súmense los rios:
 El monte se desplome, húndase el llano;
 Queme el rayo tus bosques y plantíos:
 Traiga á tus tierras peste el aire insano,
 Y abandónete á Dios y á sus castigos
 Tus vasallos, tus deudos, tus amigos.
 (*A todos.*)

Sin Dios ni rey quedais. Desde ahora mismo
 Los templos de Aragon quedan cerrados;
 Prohibidas las aguas del bautismo;
 Los sacramentos de la fé vedados:
 Fuera en fin de la grey del cristianismo
 Estais, y en su cabeza excomulgados:
 Quien le dé auxilio, quien señor le llame,
 Es maldito con él, con él infame.

(*El rey queda un momento aterrado como si sintie-
 ra sobre la cabeza el peso de la excomunion. El
 Nuncio se va por la puerta del fondo, y todos
 tras él en completo silencio. La puerta se cier-
 ra detras del último. El ruido de la tempestad
 llena el espacio, dejando luego el intervalo de
 calma necesario para la escena siguiente.*)

ESCENA X.

EL REY.

¿Emponzoña el ambiente en que respira!
 ¿Su voz es un puñal helado, agudo!
 ¿Me ha herido aquí en el pecho... no... mentiral!
 Ha sido aquí... en la frente: y á su rudo
 Golpe el cerebro descompuesto gira,
 Y el vago són de sus palabras siento
 Zumbar en el confuso pensamiento.
 ¿Quién es! ¿que es lo que dice! ¿á qué ha ve-
 nido?

Parad... parad, recuerdos, un instante.
 Repetid lo que he visto.... lo que he oido.
 La mies... el rayo... Dios... Doña Violante
 A mis piés... un obispo... un acusado...
 Gentes que me rogaban... y uno, uno
 Mas que todos tenaz, mas importuno...
 ¿Qué traia en la mano?... un privilegio...
 No, la lengua arrancada de su boca.
 ¡Horror! ¿Quién cometió tal sacrilégio?
 ¿Pára, pára un instante, mente loca!
 Vuelve á mí... vuelve á mí, juicio perdido...
 (*Con desesperado afán, queriendo recobrar á la
 fuerza las ideas estraviadas.*)
 Vuelve, recuerda.... (*Se mira las manos.*)
 ¿Estoy ensangrentado!
 ¿Quién me acusa?... ¿Su lengua!... sí, yo he
 (*sido;*)

Mas no me sigas.... no. (*Va á la puerta.*)

¡Me han encerrado
 Con ella! auxilio! ¡á mí!... todos se han ido.
 Todos.... ¡del universo abandonado
 Estoy.... todo lo entiendo... lo he perdido
 Todo.... hasta Dios! ¡Estoy excomulgado!
 (*Vuelve á romper la tempestad tronando.*)
 Ruge la tempestad... ¡á buena hora!
 (*Se aproxima al balcon, cuyas vidrieras abre el
 viento con estrépito.*)
 ¿Qué me importa de tí? No puede nada
 Contra mí tu furor. ¡Ruge... devora!
 Ya no hay Dios para mí... ¡ruge, menguada!
 Yo me rio de tí.... míralo.... toma,
 Yo te escupo á la faz mi carcajada;
 Tómala.... y con mi alma excomulgada,
 Implacable huracan, llévala á Roma.
 (*Cae desplomado.*)

ESCENA XI.

EL REY, DESMAYADO. DOÑA VIOLANTE, DOÑA
 TERESA, ÉSTA POR LA IZQUIERDA, AQUELLA POR LA DERECHA.

Doña Viol. ¡Solo! á su amparo mi deber me lla-
 ma.

Doña Ter. Mi auxilio nada mas le resta ahora.

Doña Viol. ¡Una mujer!

Doña Ter. ¡Lai nfanta! ¡vuestra fama

Así arriesgar osais!

Doña Viol. ¿Y vos señora!

Doña Ter. Soy Teresa Vidaura.

Doña Viol. ¡Vos! ¡La dama

De su alma perdicion!

Doña Ter. Su salvadora.

Doña Viol. ¿Cómo!

Doña Ter. Vais á entenderlo en el momento.

Mas primero es llevarle á su aposento.

Doña Viol. ¡Yo! ¡con vos!

Doña Ter. Ayudadme sin cuidado,

Señora, que ni soy lo que aparento,

Ni cabe excomunion do no hay peccado.

(*Doña Teresa y Doña Violante acuden á levan-
 tar al rey.—Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VIOLANTE SENTADA, DOÑA TERESA.

Doña Ter. Tal es la historia de mi amor, señora:
 Tales son mis razones, mis derechos.

Doña Viol. No los recuso: mas os resta ahora

Darme la esplicacion de ciertos hechos

Audaces por demas para una dama

De tal ingenio y tan ilustre origen.

Doña Ter. En casos en que van honor y fama,
 Todo la fama y el honor lo exigen.